



**5 de abril de 1874**

## **DÍA DE PASCUA SOBRE LA RESURRECCIÓN**

**Madre Maria Eugenia**

Queridas hijas,

Los días <<santos>> que acaban de transcurrir son por sí solos muda predicación, basada en lo que oímos, en las grandes verdades que evocan, en las ceremonias de la Iglesia, en todo aquello que recuerda al alma las dolorosas circunstancias que marcaron el final de la vida de Nuestro Señor Jesucristo; empero el gozo que embarga en este día de Pascua a la Iglesia lleva también consigo grandes enseñanzas. Es la alegría de la Resurrección y la que se puede llamar alegría completa porque será eterna. Existen como dos clases de alegrías en las vidas de Jesucristo y de la Santísima Virgen: una de ellas la habéis ya conocido y la otra os espera.

La primera es la de la infancia de Nuestro Señor. La hace generalmente sentir cuando atrae al alma a El. Son los primitivos fervores, los primeros atractivos, la consolación por la cual nota el alma su visita secreta y gusta y se deleita en su incomparable belleza, se siente como niño en brazos de su Madre. Seguramente no hay ninguna de vosotras que no guarde un recuerdo profundo y dulcísimo de estos momentos en que Nuestro Señor la ha tratado como la Santísima Virgen al Niño Jesús, o más bien como el Niño Jesús trataba a su Madre cuando lo llevaba en brazos y encontraba en El toda la dulzura y alegría de su existencia.

Al otro extremo de la vida de Nuestro Señor se encuentra la alegría de la Resurrección, pero es preciso, queridas Hijas, y eso es lo que la Santa Iglesia nos enseña por medio de los misterios dolorosos, que imitemos a Nuestro Señor en su vida toda ella si deseamos llegar con El a las alegrías de la Resurrección. Por consiguiente, no miréis hacia atrás, no os digáis: ya no siento aquella felicidad que sentía en los comienzos de mi vida espiritual, y la que encontraré más allá no la poseo aún. Es, Hermanas mías, que entre esos dos goces se halla el tiempo de la prueba, el tiempo de los sacrificios, el tiempo del sufrimiento, el tiempo en que con paciencia busquemos a Nuestro Señor generosamente, siguiéndole a pesar de todo como a luz única que ilumine nuestra inteligencia -y creedme que hay que luchar para llegar a no aceptar más luces que las que nos proporciona la fe-, siguiéndole con amor fuerte, ardiente, que le busque siempre y en todo y que nos lleve a amar por El a todos nuestros hermanos aunque nos hagan sufrir; el tiempo, en fin, en que la vida de Jesucristo sea como el modelo de nuestra vida para que,

imitándole y siguiéndole por caminos de paciencia y sufrimientos, lleguemos a la eterna felicidad que nos mereció con los suyos y que es la promesa del tiempo pascual.

De este modo, la semana santa representa para nosotros el camino que hemos de recorrer; ahora las alegrías y consuelos de la infancia quedan atrás, por su medio, Dios nos atrajo a El, nos sacó del mundo, nos demostró su amor de predilección; ahora de esos consuelos y ternuras sólo nos queda el espíritu de infancia espiritual que debe acompañarnos hasta por el camino de la cruz. De él, queridas Hijas, no se debe nunca prescindir; tengáis cuarenta, cincuenta, sesenta años, ese fondo de infancia espiritual debe permanecer en el alma, porque la docilidad, la humildad, la obediencia, la amable abnegación de sí mismo son los caracteres propios de la infancia y deben acompañar al cristiano a lo largo de la vida; pero las alegrías que la acompañan al principio quedan atrás, del mismo modo que sucedió a la Stma. Virgen durante la vida pública de Nuestro Señor y en la hora de la Pasión.

Ahora, queridas Hermanas, es el momento de darse a la práctica del Evangelio, de vivir la castidad perfecta que nos piden nuestras reglas, cuando nos dicen <<que una vez que nos hemos entregado tan solemnemente a Jesucristo no existe palabra, ni acto, ni instante sobre el cual no tenga derecho, y que El sólo debe llenar totalmente nuestro corazón; de esa castidad que consiste en amar únicamente a Nuestro Señor, a seguirle en esta vida, en este tiempo de prueba, teniéndole como el único objeto de nuestro amor>>.

Sabéis que la Santa Iglesia hace corresponder la virtud de fe al misterio de la Resurrección y San Pablo no duda en afirmar: <<Si Jesucristo no ha resucitado, vana es nuestra predicación>>. <<Si autem Christus non resurrexit, inanis est predicatio nostra>>. Por consiguiente, el misterio que hoy celebramos es un gran misterio de fe; nos lleva a esperar las alegrías que quisieramos en el tiempo; nos hace atravesar las pruebas de la vida y pasar por la muerte, pensando sin cesar lo poco que significa todo comparado con la inmensidad de gloria que nos espera en el cielo. <<Id enim quod in presenti est momentaneu et leve tribulationis nostae, supra modum in sublimitate gloria pondus operatur in nobis>> Coloss. 14. <<La tristeza del tiempo presente es pasajera y pronto la seguirá una alegría sin mezcla y que no tendrá fin>>.

Ya véis lo que supondrá nuestra resurrección en union a la resurrección de Nuestro Señor Jesucristo; pero no seremos asociados a su gloria si no aceptamos asociarnos a la vida de pruebas por la cual El anduvo también.

A menudo, sin darnos cuenta, actuamos como los judíos. No reconocieron a Nuestro Señor porque se esperaban un Mesías triunfador de sus enemigos, un Rey que estableciera su Imperio sobre todos los pueblos de la tierra.

Quisiéramos ver a Nuestro Señor triunfando siempre en este mundo; estableciendo su reinado, su imperio en todo el universo; pero no ha de ser así: la Iglesia y los hijos de la Iglesia pasan por tribulaciones y pruebas. Las Ordenes religiosas también tienen sus persecuciones y sufrimientos. ¿En qué parte del mundo se la encuentra con completa libertad de acción, como debiera ser?

Apliquemos esto a nuestra vida: generalmente no pasan las cosas como hubiéramos querido; hay algo que no marcha en nuestros empleos, en nuestro trabajo, en nuestro reglamento, no todo se ha organizado según nuestros deseos, ¿Y eso, por qué? Porque es necesario que pasemos a través de la prueba, de la contradicción, de una especie de persecución.

La Iglesia es perseguida por los malos, y yo diría que a nosotros la persecución nos viene por las contradicciones; y, queridas Hijas, precisamente pasando a través de esa persecución es como llegaremos a la eterna paz. Sin duda alguna hemos de pedir que Nuestro Señor reine ya desde ahora en los corazones; pero no esperemos que su reino sea absoluto y completo en este mundo. Eso está reservado solamente al otro, hay que sufrir en la vida antes de gozar en la eternidad.

El gozo del alma subsiste por encima de esas pruebas, de esas mil cosas que se podrían criticar y ser objeto de queja; el gozo del alma está en la esperanza que acompaña y que guía al amor; está en la paz del corazón que empieza a gustar en Jesucristo resucitado ese reino eterno, en el cual un día hemos de verle glorificado. Tal es el fin que nos aguarda y que hemos de esperar sin impaciencia, porque si pasamos mayor número de años en la tierra, podremos tener más hermosa resurrección y llevar a muchas almas a compartirla con nosotros, habiéndolas enseñado a llevar bien la Cruz en este mundo.

Sin duda os habréis fijado en el pensamiento de San Agustín que leíamos estos días en el Oficio Divino <<Pluguiera a Dios, dice, que muchas almas fueran probadas con nosotros para ser un día salvadas con nosotros>>. Y añade: <<Dios deja a los malos en la tierra bien para que se corrijan, bien para que ejerciten a los buenos>>. Procuremos, queridas Hijas, llevar a cabo la tarea que Dios nos confía; ganemos muchas almas para Jesucristo, a fin de que en unión nuestra puedan gozar eternamente de El triunfante y resucitado; ya en esta vida nos da la promesa de una carne resucitada y gloriosa, la suya en la Sagrada Comunión, con la cual nos alimenta y que es como el germen de la resurrección futura depositada en nuestras almas.